

SOBRE EL LIBRO "CARLOS J. FINLAY. SU CENTENARIO 1933. SU
DESCUBRIMIENTO (1881). ESTADO ACTUAL DE SU DOCTRINA (1942)."

Dr. Eduardo Angles.
Médico Cirujano.
General Lee N° 19. Teléfono FO-7163.

Marianao, Junio 4º de 1939.

Dr. Francisco Domínguez Roldán.
Ex Decano de la Facultad de Medicina de la Universidad de La
Habana.
Associé de l'Académie de Médecine de Paris.
La Habana.

Mi querido compañero:

Te escribo esta carta, después de haber leído tu hermoso libro sobre el sabio Dr. Carlos J. Finlay, en el cual no he encontrado absolutamente nada que no sea de una estricta y contundente veracidad. Sin embargo, como yo tuve el alto honor de pertenecer como Médico Adjunto a la Comisión de Médicos del Ejército Americano, que vino a La Habana en el año 1900, para comprobar el descubrimiento del Dr. Finlay, quiero aprovechar esta oportunidad, dado que soy el único superviviente, pues ya han muerto los médicos cubanos Finlay, Guiteras, Manuel Herrera y Nicasio Silverio. Estos dos últimos formaban, conmigo, la Comisión de Adjuntos. Además han muerto todos los médicos de la Comisión Americana, Walter Reed, Carroll, Lazear y Agramonte.

Aprovecho, pues, para darte un dato muy importante en vista de la insistencia de los americanos en citar el nombre del Dr. Walter Reed, como si fuese el héroe de la jornada, por haber sido, según ellos, el primero que provocó la fiebre amarilla experimentalmente por la picadura del mosquito. Aparte de que en tu libro están muy claros los datos históricos, y no puede haber duda, honradamente considerado el caso, de la prioridad de Finlay, toma nota de lo que te transcribo y haz de ello el uso que creas conveniente.



En un folleto publicado por el Dr. Arístides Agramonte, aproximadamente en 1915 y titulado *The Inside History of a Great Medical Discovery*, se encuentra esta relación. Dice el Dr. Agramonte:

"Estaba yo examinando la sangre del Dr. Carroll, atacado de fiebre amarilla, y el Dr. Lazear, pasando un mosquito de un tubo de ensayo a otro, cuando entró un soldado, y riéndose nos dijo: "Todavía están ustedes jugando con los mosquitos? Y al preguntarle que si él tenía miedo, contestó que se dejaría picar. Lazear y yo cambiamos una mirada de inteligencia, nos comprendimos y mientras Lazear le aplicaba los mosquitos sobre el brazo, yo (Agramonte) tomaba los antecedentes del soldado. Se llamaba William D. Dean, pertenecía a la Tropa B del 7º de Caballería. Cinco días más tarde entró el enfermo en el Hospital donde le vimos con el Dr. Roger Ames U. S. A. y lo asistimos de una fiebre amarilla perfectamente caracterizada. En vista de ser el primer caso comprobado de la inoculación de la fiebre amarilla por el mosquito que nosotros realizábamos, decidimos cablegrafiarle al Dr. Walter Reed que se encontraba en Washington donde había sido llamado urgentemente hacía un mes."

Personalmente yo asistí al entierro del Dr. Lazear, que falleció el 25 de Septiembre; le llevé flores que puse sobre su tumba, y allí sólo vi al Com. Jefferson R. Kean, al Dr. Agramonte y a varios oficiales del Ejército Americano. Allí no estaba el Dr. Walter Reed, y más tarde supe que dicho doctor no llegaría a La Habana hasta el mes de Octubre. Esto está confirmado en el folleto del Dr. Agramonte.

Tú recordarás que la Comisión empezó sus trabajos, visitas a Finlay y observaciones en la finca Jesús María, del Dr. Ignacio Rojas, además de otras experiencias, a principios de Agosto, y que la primera nota dada por ellos confirmando el descubrimiento de Finlay es de principios de Octubre.

Estos son los datos que te puedo afirmar. Son exactos, pues yo hice un trabajo sobre este asunto y me ilustré con el folleto del Dr. Agramonte. Por cierto que en ese folleto y en el párrafo final consta que la Comisión Americana, aparte de su sueldo, fue ampliamente gratificada, y que Agramonte no logró su gratificación sino después de haber publicado el folleto.

En cuanto a la Comisión Adjunta, compuesta por los Dres. Nicasio Silverio y Armas, Manuel Herrera y Calvo y yo, nada recibimos por el penoso trabajo que tuvimos que realizar, dado que practicábamos las autopsias clínicas de los militares fallecidos por la fiebre amarilla y además celebrábamos juntas con el Dr. Lazear para diagnosticar los individuos sospechosos de esta enfermedad.

El Dr. Jefferson R. Kean, actualmente General Retirado de la Sanidad Militar Americana, hombre de excepcionales condiciones de capacidad y honorabilidad era nuestro jefe directo. Reside actualmente en Washington D. C. y ha sido condecorado con la Gran Cruz de Finlay en la Embajada Cubana de dicha ciudad, por el Dr. M. Mencía, Secretario de Sanidad y Beneficencia.

Deseándote mucha salud para poder continuar tu obra grandiosa de la consagración de Finlay, te abraza tu afmo. s. s.

(fdo.) Dr. **Eduardo Anglés.**

* * *

**Carta del Profesor G. Barrier,
Inspector General Honorario de las Escuelas Veterinarias,
Miembro y ex Presidente de la Academia de Medicina de París.**

A principios de 1938 recibí la hermosa carta que espontáneamente me envió mi compañero y amigo, el Profesor G. Barrier, y deseando que los lectores que van a leer mi obra en castellano conozcan la autorizada opinión del Dr. Barrier, le escribí con fecha de 7 de Febrero pidiéndole su autorización para publicarla; autorización que me fue concedida.

Alfort (Seine) 4, rue Bouley.

Al señor Profesor Francisco Domínguez.
Ex Ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes.
Asociado Extranjero de la Academia de Medicina de París.

Excelencia, querido y eminente colega:

Usted me ha hecho el honor de pedirme autorización para publicar en español la carta que yo le dirigí a usted en Febrero de 1938, en el prólogo de la edición española que usted va a imprimir con el objeto de defender una vez más la memoria de Carlos J. Finlay, su ilustre compatriota.

Yo me apresuro a concederle esta autorización y a darle las gracias por asociar mi nombre al del Profesor Maraón, en el prólogo de esta nueva edición.

Dándole las gracias por sus buenos deseos, me complazco en devolverle los míos, diciéndole que soy.

Su bien cordial y devoto.

(Fdo.) **Prof. C. Barrier.**

Miembro y ex presidente de la Academia de Medicina.

* * *

Al Sr. Profesor Francisco Domínguez.

Asociado **Extranjero** de la Academia de Medicina de París.

Excelencia y querido eminente colega:

Circunstancias ajenas a mi voluntad me han obligado a aplazar el envío de esta carta, pues yo quería antes leer íntegramente el hermoso volumen que usted ha redactado en francés, como un homenaje de admiración y de justicia a la memoria de su ilustre compatriota Carlos J. Finlay, gracias al loable esfuerzo del Gobierno cubano.

Su defensa, mi querido colega, es magnífica, construida con materiales y argumentos irrefutables; escrita con precisión, elegancia, claridad, se lee sin cansancio, instruyéndose. Su dialéctica es irresistible; se impone por su lógica, su moderación, su generosidad. Usted hubiera podido fustigar la hipocresía, la mala fe, la envidia de los adversarios de Carlos Finlay. Ha preferido, con razón, esperar a que se convencieran por sí mismos de la evidencia, aunque haciendo resaltar su responsabilidad.

Así es como después de veinte años de esfuerzos y resignación llegó la apoteosis del 22 de Octubre de 1900, preludio de reparaciones morales y de las recompensas públicas que han vengado a Finlay de la ingratitud de antaño.

Carlos J. Finlay merecía, para sí solo, el Premio Nobel. Usted ha hecho justicia, brillantemente, a su genio y a sus inapreciables servicios, al proclamar que la Humanidad le debe esa última recompensa.

Le doy las gracias, muy sinceramente, por haberme obsequiado con su libro. Después de mi muerte, será depositado en la Biblioteca de la Escuela de Veterinaria de Alfort, donde he enseñado durante 36 años, que he dirigido durante 12 años, alma máter a la que legaré mi biblioteca personal, mi busto y mi medalla.

Le ruego acepte, mi querido eminente colega, el respetuoso homenaje de mis sentimientos de muy alta consideración.

(Fdo.) **Prof. C. Barrier.**

Inspector General Honorario de las Escuelas

Veterinarias.

Miembro de la Academia de Medicina.

* * *

ANALES DE MEDICINA INTERNA.

Tomo V. Madrid, Septiembre 1936. Núm. 9.

Director: G. Marañón.

Instituto de Patología Médica del Hospital General de Madrid.

DOMÍNGUEZ (FRANCISCO). **Carlos Finlay**. Su centenario (1933). Su descubrimiento (1881). (Carlos Finlay. Son centenaire (1933). Sa découverte (1881). Paris, Arnette, 1935 en 4*? 302 páginas.

El conocido profesor y político cubano, devoto de la persona, de la memoria y de la obra del insigne Finlay, ha dedicado buena parte de su talento y de su generosa actividad a honrar al gran descubridor americano, al que la Humanidad debe considerar como uno de sus más grandes bienhechores y la ciencia médica como uno de sus más preclaros artífices. Finlay tenía ya monumentos materiales, un sitio de honor en la historia de la Medicina y un recuerdo en el patriotismo encendido de cada cubano. Desde ahora cuenta, además, con este libro, que será el pedestal más visible de su gloria.

Tuve yo, como Presidente del Congreso Internacional de Historia de la Medicina, de Septiembre de 1935, en Madrid, el honor de incluir, a propuesta de los delegados cubanos, entre las conclusiones generales de la inolvidable asamblea, una en la que constaba, sin sombra de duda, la prioridad y la totalidad del mérito del hallazgo trascendente de Finlay, para él y sólo para él. Ningún médico del mundo le regatea ya este mérito desde hace muchos años. Pero si en alguien cupiera aún la menor duda, le bastaría para desvanecerla repasar las páginas del libro del doctor Domínguez, en el que, con la veracidad de un hombre de ciencia y el entusiasmo del discípulo que compartió los afanes del maestro, se puede seguir, paso a paso, la génesis del hallazgo, su desarrollo y sus enormes conocimientos sanitarios. Nadie puede hoy poner la menor objeción a la afirmación del autor de este libro de que Finlay ha sido "el hombre más grande de la América del Sur en el siglo XIX." Quienes más propicios estamos, antes y ahora, para reconocerlo somos los españoles. Si en algo es maestra indiscutida España, el país de los defectos y de las virtudes extremas, es precisamente en la generosidad. Por eso yo hubiera querido que el Doctor Domínguez hubiera borrado de la primera página de este libro, tan noble por lo demás, aquellas palabras del general Wood, que nada añaden, en labios de un militar, a la gloria de Finlay, y que mortifican, sin necesidad, al país que ha dado a Cuba algo más que la salud: el alma.

Dr. Gregorio Marañón.

(p. 867 y 868 de esa revista).
